

cita el V 15 del capítulo primero, el V I del capítulo II, y el 12 ó 14 y siguientes del capítulo III. Pero *el día del Señor* anunciado en el capítulo primero y principio del II, es muy diverso del que se predice al fin del capítulo II y en el III. Aquel amenaza al pueblo mismo del Señor, al pueblo judío, como lo entendió muy bien nuestro docto intérprete explicando estos capítulos; pero *el día del Señor* anunciado al fin del II, y descrito en el III, amenaza á las naciones gentiles á los pueblos infieles enemigos del pueblo, del Señor, enemigos de la Iglesia, como Mr Joubert lo explica con mucho acierto, cuando despues de haber hablado de *la efusion del Espíritu divino* sobre los apóstoles y discípulos, añade: „Así Jerusalem se vió libre, y recibiendo en su seno de todas partes á sus hijos ántes cautivos. Los perseguidores fueron exterminados, juzgados y cubiertos de vergüenza á la faz del universo, y descubiertas sus injusticias y tiranía para con los santos. Quedaron burlados los vanos esfuerzos de los enemigos del cristianismo que se armaron para quedar vencidos. Pero Jerusalem, esto es, la Iglesia, se dejó ver en el mundo como el lugar de la morada eterna del Señor. Así este gran *día del Señor* abraza muchos siglos y varias revoluciones: abraza todos los castigos que Dios impondrá sucesivamente á los enemigos de su Iglesia, y á los que emprendieron turbar la paz que le habia restituido; pues en los tres primeros siglos Dios descargó sucesivamente su venganza sobre los pueblos idólatras que se le vanaban contra su Iglesia y sobre los emperadores paganos que la perseguian: ella triunfó de todos sus esfuerzos bajo el imperio de Constantino, primer emperador cristiano que le restituyó la paz. Su tranquilidad se turbó muy pronto por la guerra del arrianismo: el emperador Teodocio al fin del mismo siglo calmó esta tempestad, y parecia que la Iglesia no tenia ya enemigos que temer, ni dentro ni fuera. Pero Dios suscitó á los bárbaros para acabar de exterminar los últimos restos de los Romanos idólatras, y ellos causaron á la Iglesia nuevas turbaciones. Entónces, como lo advertimos exponiendo á Ezequiel, Gog y Magog vinieron á perturbar la paz de que gozaba Israel. Los Godos y los Lombardos hicieron muy grandes males á la Italia; pero fueron tambien heridos por Dios; se les quitó el poder de que abusaban, y la Iglesia volvió á triunfar reinando Carlo Magno. Si estas revoluciones no han llenado todavía todas las promesas, es porque su grandeza nos conduce á un tercer sentido.

VIII.
Advertencias sobre algunas expresiones que conducen á un tercer sentido en que las amenazas, y promesas del Señor se cumplirán perfectamente.

El *tercer sentido* insinuado en el capítulo segundo, donde entre los rasgos que parecen convenir mejor á la primera venida de Jesucristo, hay palabras que nos advierten que las mismas promesas tendrán un nuevo cumplimiento al fin de los tiempos, en el cual se encontrará su justa aplicacion: „Hijos de Sion, regocijaos en el Señor vuestro Dios, porque os ha dado al maestro de la justicia, y hará descender sobre vosotros la lluvia del otoño y la de la primavera como en el principio.” Cuando Jesucristo, verdadero *maestro de justicia* anunciado por Joel, hizo descender sobre los hombres la *lluvia* de gracia y de bendicion, lo hizo con tal abundancia, que nunca se vió cosa semejante ni en tiempo de los profetas, ni en el de Moises, ni en el de los patriarcas. ¿Qué significan, pues, las palabras misteriosas como en el principio? Se ha querido eludir la dificultad

diciendo que en el hebreo no se lee así, sino solamente en el principio, como si significase *la última lluvia* que cae al principio del año en la primavera; pero es evidente que siendo *la primera lluvia* la del otoño, la cual hace producir al grano acabado de sembrar, la lluvia de primavera que lo hace crecer y lo madura en la espiga, es *la última*; por lo cual aquella expresion en el principio, tomada en este sentido, seria un pleonasma inútil. Los Setenta han traducido en el mismo sentido que la Vulgata, como en el principio, y en su version se halla la palabra esencial de la comparacion *sicut*. En el hebreo es visible que varió el sentido por un equívoco de los copiantes que confundieron la letra C que significa *sicut*, con la letra B que significa *in*, pues en aquel idioma estas letras se parecen mucho, y entre los Hebreos es costumbre subentender la segunda partícula despues de la primera; por ejemplo: *velut abyssis* por *velut in abyssis*, ó *abyssis*, como dice la Vulgata (1): *secundum diem*, ó *sicut die*, por *sicut in die tentationis in deserto* (2): *in abyssis sicut deserto*, por *sicut in deserto*, como se lee en la Vulgata (3). Así los Setenta y S. Gerónimo leyeron *sicut principio*, y tradujeron bien, como ántes, como en el principio. Por otra parte esta expresion que parece difícil en el segundo sentido que acabamos de examinar, no tendrá ninguna obscuridad en el tercero, al cual vamos á pasar; de manera que solo este verso basta para probar la necesidad de los tres sentidos; porque si en el primero fué Esdras el maestro de justicia, no tuvo este título por excelencia como Jesucristo, con lo que es necesario ya el segundo sentido. Pero como la obra de Jesucristo fué tan admirable que no se habia visto ántes cosa semejante sobre la tierra, la expresion como al principio, nos obliga á pasar al tercer sentido en que se verifica plenamente. Aunque S. Pedro aplica á los primeros tiempos de la predicacion del Evangelio, no solamente la promesa de *la efusion del Espíritu de Dios*, sino tambien el anuncio de las señales que deben preceder al día grande y terrible del Señor; aunque el tiempo de la venganza del Señor contra los Judíos pueda llamarse *día grande y terrible del Señor*, y puedan haberle precedido muchas asombrosas señales, el Evangelio nos advierte sin embargo, que aquel día, á que precederán signos tan admirables y espantosos, será particularmente el día último del mundo en que Jesucristo vendrá segunda vez, rodeado de gloria á juzgar á los vivos y á los muertos. Cuando S. Pedro y S. Pablo en sus Epístolas hablan de este último día, lo llaman *día del Señor*, y lo anuncian como verdaderamente grande y terrible. Además, segun se explica el ángel que habla en el Apocalipsis, entónces se consumará el misterio de Dios, como lo anunció por los profetas sus siervos (4). Entónces pues recibirán su último y cabal cumplimiento todas las promesas de los profetas. Así es que las amenazas y promesas contenidas en el fin del capítulo II. y en el III. de Joel, nos conducen necesariamente á un sentido tercero. M. Joubert lo conoció bien; pero dividió el cumplimiento de estas promesas, de manera que pretende llevarnos aun mas allá, hasta un sentido cuarto: examinemos la verdad, y procuremos no separar lo que el Espíritu de Dios parece haber unido.

(1) Ps. LXXVII. 15.—(2) Ps. XCIV. 9.—(3) Ps. CV. 9.—(4) Apoc. x. 7.
TOM. XVII.

IX.
Cual es el objeto de las profecias de Joel relativas á las últimas edades de la Iglesia. Comparacion de las tres calamidades anunciadas por Joel y las tres que se hallan en S. Juan. Compendio de la interpretacion propuesta por Mr. Joubert. Objetos á que se reduce.

Aquí es donde S. Juan nos ministra toda la claridad de las luces que recibió de Jesucristo, y que el Salvador le mandó depositar en el divino libro del Apocalipsis, para que fuese como una antorcha cuyos resplandores se difunden sobre los libros de los profetas, y nos excitan á descubrir sus misteriosos sentidos. Aquí es donde S. Juan nos manifiesta en el sonido de las tres últimas trompetas tres grandes calamidades que deben seguirse á estos toques, y que corresponden perfectamente á las que indica Joel: en ambos lugares la *calamidad primera* es el estrago causado por *insectos* misteriosos; en ambos lugares la *segunda plaga* es la irrupcion de un ejército numeroso y fuerte; y la *tercera* y última *plaga* es el anatema terrible y eterno que caerá sobre los malvados el dia que Jesucristo venga á juzgar á los muertos, á recompensar á los santos, y á exterminar á los perversos. Esto es lo que no percibió M. Joubert, y lo que es imposible descubrir en el punto de vista que tomó. Porque habiendo confundido las dos primeras plagas, tan diversas en Joel, era imposible reconocer su semejanza con las que anuncia S. Juan; él conoció la analogía de la primera plaga de Joel con la primera de S. Juan, pues en ambos se ven langostas perniciosísimas, y ninguno que estudie el sentido misterioso de las profecias puede dejar de advertir esta semejanza. Mas M. Joubert confundió las langostas con el grande ejército de Joel, y no vió ni pudo ver la conveniencia de aquel grande ejército que caracteriza la segunda plaga del profeta con el *grande ejército* que distingue la segunda plaga de S. Juan; y es imposible por lo mismo que hallase la conformidad de la tercera y última plaga del profeta con la del apóstol. Mas no prevengamos el juicio de nuestros lectores.

Vease la idea que M. Joubert se forma del tercer sentido de la profecía de Joel. „La Iglesia es el verdadero *jardin* de Dios, el *paraiso de delicias*.... Las diferentes porciones de la Iglesia católica son las partes de este jardin, son los *campos* en que se ha sembrado la semilla de la divina palabra, las *viñas* que pertenecen al Dios de los ejércitos y en que se han puesto plantas raras y excelentes. Los fieles son *olivos* llenos de la savia de los patriarcas y de los profetas, *higueras* cuyos frutos sirven para las delicias del esposo y consuelo de la esposa.

„Si se pareciesen todos los tiempos, si la Iglesia no tuviese pérdidas, el campo del Señor seria siempre igualmente fértil. Pero los *insectos* vienen y roen los árboles y las mieses. Falsos hermanos y falsos doctores se introducen entre los fieles. Se atraen el amor de los pueblos pretextando que quieren servirlos. Sus malos ejemplos son contagiosos: sus perniciosas doctrinas se extienden y se acreditan: lo que ha escapado á las desgracias de un siglo se destruye en el siguiente.... ¡Es menester profundizar mucho en la historia eclesiástica para hallar este encadenamiento de pérdidas y de calamidades?

„A estos siglos tan tristes que han arrancado á los santos tantas lágrimas, suceden los tiempos últimos, *próximo á la venida del Señor*, en que el infierno redobla sus esfuerzos, y una conspiracion horrosa ocupa toda la tierra. Un pueblo poderoso y fuerte progresa á manera de un incendio que todo lo consume. El semblante

de la Iglesia se entristece; y los que ven con ojos ilustrados advierten que estas desgracias no han tenido ejemplo en siglos anteriores.

„Para grandes males se necesitan grandes remedios. Pues la herencia del Señor se halla entregada á sus muchos enemigos, se necesita de una penitencia general.... Esta sincera penitencia en que todo el mundo toma parte, debe tener sus progresos. Parece que el tiempo de su predicacion solemne y en que se practicará con fidelidad, será en el que se deje ver el profeta Elías, el cual como un nuevo Juan Bautista levantará su voz, y hará resonar su predicacion como *una trompeta en Sion*.... El mismo gran profeta está destinado para endulzar la ira del Señor, y apartar el anatema que la tierra ha merecido.

„La predicacion de Elías no será vana, *él restablecerá todas las cosas*, dice Jesucristo; y por consiguiente *los frutos de los años que habia quitado la langosta y los otros insectos* serán restituidos. Se alimentarán y quedarán satisfechos con ellos. Caerán *las lluvias de otoño y primavera*.... *los insectos* serán arrojados en vastos mares, se podrirán, y su mal olor se levantará de todas partes, porque estos enemigos soberbios serán humillados y conocidos por lo que son....

„El *maestro de la justicia*, Jesucristo nuestro Señor, se acercará á los hombres, los enseñará, les comunicará la verdad y la gracia de que él es la plenitud.... Lo que acabamos de decir del restablecimiento de la tierra á la cual tiene el Señor un amor zeloso, es futuro, pero no hacemos mas que seguir las profecias y caminar á su luz. Continuemos siguiendo esta antorcha encendida para guiarnos en medio de las tinieblas del siglo presente.

„Cuando llegó el tiempo de la renovacion, Joel nos muestra á *Jerusalen libre de su cautiverio*. Pero á este objeto consolador él junta otro terrible: el castigo de las naciones que han hecho la guerra á Dios, á su culto, y á Israel su amado. Las naciones se congregan, reunen sus armas y solo respiran guerra. ¿De qué sirven esos movimientos? De llevarlos al juicio del Señor. La luz de la verdad confunde á estos pueblos, y publica sus injusticias y tiranías. Las naciones son finalmente segadas y pisadas en el lagar de la ira de Dios. La Iglesia ve castigar á ciertos pueblos cuando en ella entran otros que hacen su gloria.”

A lo dicho se limita, segun M. Joubert, el tercer sentido que él reduce á tres grandes objetos: *Siglos de abundancia y de escasez en la Iglesia; su renovacion por la conversion de los Judios; humillacion de sus enemigos*. Volvamos á estos objetos, y examinemos las relaciones que pueden tener con la profecía de Joel.

M. Joubert supone que el pueblo de que se habla en el primer capítulo de Joel, y que asola la viña del Señor, es el mismo grande ejército cuya invasion se describe en el capítulo II, y aplica al ejército todo lo que se ha dicho de aquel pueblo. Parece que conviene en que el pueblo designado en el capítulo II, es en efecto la cuarta y última especie de insectos misteriosos de que habla Joel; pero cree que esta cuarta especie de insectos no se distingue del grande ejército de que se habla en el capítulo II. Yo creo haber

X.
Exámen de esta interpretacion. Que pueden significar en el tercer sentido las cuatro especies de langostas de que habla

Joel, comparadas con las que pronostica S. Juan.

probado que el ejército es muy diverso del pueblo representado en el capítulo 1, que pone el colmo á los estragos causados por los insectos. ¿Pero cuál es este pueblo?

Para calificarlo bien es necesario atender á que S. Juan no distingue cuatro especies de langostas, sino que habla de una sola que causa grandes estragos, y despues de la cual estalla la plaga segunda. Ella aparece al sonido de la quinta trompeta en la quinta edad de la Iglesia, y antecede al ejército que no debe dejarse ver, sino cuando suene la trompeta sexta en la sexta edad. Lleva pues los caracteres de la cuarta especie de insectos señalados por Joel, esto es, de lo que precede al ejército descrito en el capítulo 11. Así es que sucede á las otras tres, y pone el colmo á los males que ellas habian causado. ¿Cuáles pueden ser, pues, las cuatro especies de insectos? Abramos los anales de la Iglesia, detengámonos en los sucesos mas notables, y veremos sucederse cuatro grandes plagas. En efecto, apénas Constantino volvió la paz á la Iglesia, cuando la heregía causó en ella grandes turbulencias. Los Arrianos y despues los Nestorianos, los Eutiquianos y Monotelitas hicieron grandes males, principalmente en el Oriente; he aquí la primera plaga. Apaciguada la guerra de la heregía, se ve nacer en el Oriente otro escándalo en el cisma de los Griegos, comenzado por Focio y consumado por Cerulario, que acabó de asolar en la Iglesia oriental lo que habia escapado de la heregía; he aquí la segunda plaga tambien en el Oriente. Una tercera se levanta despues en Occidente con ocasion de la pretendida reforma. ¿Qué daños no causaron Lutero y Calvino con todos los sectarios de su falso celo? Estas desgracias que tuvieron su principio en Alemania, inundaron todo el norte, y el habernos nosotros librado de ellas, ha sido un efecto de la gran misericordia de Dios: he aquí la tercera plaga. ¿Cuál es la cuarta? La que ha seguido al escándalo de la pretendida reforma, y que se ha hecho tan sensible, que en nuestros dias está generalmente reconocida. Todos confiesan que nunca han sido tan grandes las aflicciones de la Iglesia. Los pastores de Israel hacen resonar su voz como una trompeta de Sion, para excitarnos á gemir sobre los males que nos rodean, y á prevenir con una sincera penitencia los castigos que nos amenazan. He aquí la sucesion de cuatro plagas, á las cuales pueden aplicarse en el tercer sentido los sucesivos estragos de las cuatro especies de insectos de que habla Joel. He aquí, segun parece, en la última de ellas la consumacion de la primera calamidad pronosticada por Joel y por S. Juan. La rebelion contra las máximas sanas de la moral, contra la pureza de los dogmas de la fe, y en fin, la irreligion y la incredulidad. Pero es menester no confundir esta calamidad primera (*vae primum*) con la segunda (*vae secundum*) que debe venir luego, segun ambos anuncios.

XI.
Que puede significar en el tercer sentido el gran ejército de que habla

M. Joubert se ha visto precisado á distinguir estas dos calamidades en su comentario sobre el Apocalipsis; pero las ha confundido totalmente en su comentario sobre Joel, porque desconoció enteramente la relacion entre los dos lugares. Sin embargo, en medio de la calamidad primera que aquel autor reconoce, es cuando el profeta exclama: *¡Ay, que dia! porque el dia del Señor está cerca;*

porque una gran desgracia va á venir (1). O segun los Setenta: *Y la calamidad vendrá de la calamidad. La proximidad del dia del Señor es anunciada segunda vez en el capítulo siguiente donde se describe la calamidad futura. Esta de que se habla en el capítulo 11, es totalmente diferente de la que se describió en el primero. Así las dos calamidades de Joel son tan diversas, como las de S. Juan. La primera segun uno y otro son las langostas, cuyos tristes efectos experimentamos: la segunda, segun uno y otro, será el estrago del ejército misteriosamente vaticinado por ambos. ¿Qué ejército será este? Como segun la expresion de M. de la Chetardie, estos son misterios escondidos en la obscuridad de lo futuro, no podemos hablar de ellos sino por conjeturas. Pero podemos observar que segun S. Juan, el ejército vendrá del Eufrates, cuyas aguas corren entre las naciones infieles, de donde vino tambien el ejército de los Caldeos mandado por Nabucodonosor; de manera que los dos ejércitos tienen el mismo carácter, ambos salen del Eufrates, de en medio de las naciones infieles. Mas acaso errariamos creyendo que debe ser un ejército de Mahometanos. S. Juan nos da á entender que vendrá de mas léjos por la notable conexion entre los simbolos que acompañan al sonido de las siete trompetas, y los que siguen á la efusion de las siete copas. Despues de haber dicho que al sonido de la trompeta sexta vió salir del Eufrates al ejército, añade que se derramó la sexta copa sobre el Eufrates, y secó sus aguas para preparar el camino á los reyes que habian de venir del Oriente (2); lo que da motivo de creer que el ejército saldrá del fondo del Oriente, y no ántes que los pueblos infieles entre los cuales corre el Eufrates, hayan padecido alguna funesta revolucion que les estorbe formar por sí mismos una empresa tan atrevida como la de los Caldeos contra los hijos de Judá y contra Jerusalem. Ya hemos hecho advertir en la Disertacion sobre las profecías de Balaam, que la historia ha verificado exactamente que los Asirios despues de haber subyugado á las diez tribus cismáticas debian quedar sujetos á los Caldeos ántes que estos acometiesen al pueblo hebreo: *Vencerán á los Asirios, asolarán á los Hebreos* (3); hicimos advertir que Balaam al decir esto hablaba en parábola: *tomada la parábola, habló* (4): que siguiendo el encadenamiento de esta parábola, los Asirios que subyugaron á las diez tribus cismáticas, pueden representar á los Mahometanos, los cuales esclavizaron á los cismáticos griegos; de donde puede inferirse que los Mahometanos mismos caerán bajo el poder de un pueblo mas lejano. Seria fácil equivocarse infiriendo que ese grande ejército vendrá del Norte, pues acabamos de ver que S. Juan dice expresamente: *Vendrá del fondo del Oriente*. Vimos que el texto hebreo de la profecía de Balaam está perfectamente de acuerdo con el vaticinio de S. Juan, es decir, que el ejército que subyugará primero á los Asirios y despues á los Hebreos vendrá de la region de los Kiteos: sobre lo cual observamos que en el primer sentido de la parábola, el nombre de Kiteos no puede convenir sino muy imperfectamente á los Caldeos, á los Griegos ó los Romanos; pero que en el sentido segundo pue-*

Joel, comparado con el que anuncia S. Juan.

(1) Joel, 1. 15.—(2) Apoc. xvi. 12.—(3) Num. xxiv. 24.—(4) Ibid. 23.

de designar muy propiamente á los pueblos de Kitai, provincia principal de la China, en que se halla el centro de este imperio, y realmente situada en el fondo del Oriente. Podemos, pues, presumir que de allí saldrá el grande ejército, que segun S. Juan ha de atravesar un dia el Eufrates, y cuyos estragos serán la época de la segunda calamidad descrita por este apóstol y por el profeta Joel.

XII.

En qué consiste el nuevo cumplimiento de las promesas en el tercer sentido. Venida de los dos testigos de quienes habla S. Juan. Conversion de los Judíos y de una multitud innumerable de gentiles. Quien será en el tercer sentido el maestro de justicia.

Despues de estos estragos terribles, San Juan ve aparecer á los dos testigos que Dios ha prometido enviar á la tierra; á Elias para reducir á los Judíos á la fe de sus padres, y á Henoc para predicar la penitencia á los gentiles. Resulta, pues, que las promesas contenidas en el segundo capítulo de Joel, tendrán un nuevo cumplimiento en la conversion de los Judíos que vendrán entonces á Jesucristo y á su Iglesia, como tambien una innumerable multitud de gentiles de todas las naciones iluminados por la predicacion de Henoc y por la de los Judíos convertidos. M. Joubert está perfectamente de acuerdo en este punto; pero en cuanto al maestro de justicia, cree que será el mismo Jesucristo, el cual se acercará á los hombres, los enseñará, y les comunicará la verdad y la gracia de que él es la plenitud. Yo dudo que esta inteligencia sea del todo justa, y nuestro comentador conoció su debilidad cuando dijo: „La promesa del maestro de justicia está explicada con mucha energía por la venida de Jesucristo, que en su encarnacion se dejó ver personalmente. Este rasgo tendrá la misma vivacidad si se reduce solamente á la venida de Jesucristo por su gracia? Con todo en el tercer sentido que acabamos de explicar no hay mas que esto.” Tales inconvenientes son inevitables cuando por una parte se quiere que el maestro de justicia sea Jesucristo y por otra se quiere negar á los judaizantes que Jesucristo en persona se deje ver sobre la tierra una segunda vez como en su primera venida. Mas seria conceder demasiado á los judaizantes el convenir con ellos que el maestro de justicia será Jesucristo; porque como su venida por gracia no corresponde sino muy imperfectamente á las expresiones de la promesa verificada de un modo muy diverso en la primera venida de Jesucristo, ellos inferirán que se trata de una venida segunda, entéramente semejante á la primera, con la única diferencia de que en aquella vino para padecer y morir, y en esta vendrá para vencer y reinar, pues tal es su sistema. Nosotros podriamos responderles con M. Joubert, que Jesucristo no vendrá de un modo sensible sino al fin de los siglos, para juzgar en el esplendor de su gloria á los vivos y á los muertos: *Y vendrá otra vez con gloria á juzgar á los vivos y á los muertos.* Les diremos con el mismo autor que cualquiera que ántes de este dia se atreva á decir: *Cristo está aquí ó allí,* es impostor y seductor que no merece ser oido: que cualquiera que ántes de este dia se atreva á decir sobre la tierra: *Yo soy el Cristo, y vengo á reinar,* es un Anticristo digno del anatema. Diremos tambien, que si Jesucristo debe venir ántes de aquel dia, y dárseos, es no mas por la efusion de su gracia en nuestros corazones. Y como en este sentido no deja de dárseos y de permanecer entre nosotros segun su promesa, creemos que no es él á quien en el tercer sentido puede aplicarse lo que se dice del maestro de justicia: que si en el sentido primero por el maestro de justicia pudo entenderse Esdras que lo fué verdaderamente para los Judíos vueltos del cautiverio, se puede entender tambien en el tercer sentido de Elias que

entonces será enviado por Dios verdaderamente á los hijos de Sion, y que será para ellos en la realidad un maestro de justicia que representa al que lo es en efecto, que es Jesucristo, de quien será enviado. Entonces, pues, Dios hará bajar en realidad sobre los hijos de Sion, esto es, sobre los hijos de la Iglesia una lluvia de gracia y bendicion como al principio. Entonces renovará las maravillas de la fundacion de la Iglesia, dándole una prodigiosa fecundidad. El trigo se multiplicará en las personas de los fieles, cuyo número crecerá prodigiosamente: el vino y el aceite correrán en abundancia de las prensas como al principio, multiplicándose el número de los mártires bajo la persecucion que será universal y tan cruel como la de los primeros siglos. Lo que dió motivo á M. Joubert para no reconocer en el maestro de justicia al profeta Elias, á cuya venida se seguirán tantos prodigios, es el haberse persuadido que su predicacion estaba significada por el sonido de la trompeta que resonó en Sion en medio de la gran crisis de la segunda calamidad. Pero esta voz será la de los pastores de la Iglesia que ya resuena exhortándonos á prevenir aquella plaga: San Juan no nos muestra la venida de los dos testigos en medio de la crisis, sino despues que ha pasado y cuando se acerca el momento de estallar la tercera y última calamidad. Elias no vendrá ántes de la segunda; y los que en nuestros dias han creido que Elias va á aparecer, se equivocan, pues San Juan nos dice claramente que no vendrá sino cuando las tristes consecuencias de esta calamidad segunda se acercaren á su fin. Entonces Dios derramará de nuevo como al principio su Espíritu sobre toda carne, sobre los Judíos y sobre los gentiles, y hará ver en el cielo y sobre la tierra maravillas asombrosas que el mismo Jesucristo nos ha anunciado como presagios de su segunda venida: *El sol se cubrirá de tinieblas y la luna de sangre, ántes que llegue el dia grande y terrible del Señor.*

¿Cuál será este dia grande y terrible? Evidentemente el que está descrito en el capítulo siguiente, *en que Dios congregará á todas las naciones para juzgarlas,* el del juicio final. Así lo entienden comunmente los intérpretes y los padres; pero M. Joubert se persuade de que este dia grande estará todavía muy distante, y de que habrá un largo intervalo entre la conversion de los Judíos y el juicio final; de que en este intervalo debe colocarse la dilatada paz del reinado de mil años de que habla San Juan; de que entre la conversion de los Judíos y esta dichosa paz, Dios juzgará á los enemigos de su Iglesia con poca diferencia como lo hizo en tiempo de Constantino, exterminará á los perseguidores, y la Iglesia gozará de una tranquilidad mas perfecta y duradera que la que ha disfrutado desde aquella época. Con todo Jesucristo no vendrá á reinar visiblemente sobre la tierra, ni resucitarán los apóstoles y los mártires para reinar con él: sino que reinará por medio de los príncipes y reyes que serán todos cristianos, durando mil años este feliz estado, despues de lo cual comenzarán de nuevo los males que atraerán por fin la gran catástrofe con que terminará la duracion de los siglos. He aquí lo que M. Joubert creía ver en las profecias, lo que creen ver, como él, algunos otros y lo que deseaba que viese yo mismo. Mas confieso que en esta materia sigo el sentir comun de los padres que no han visto cosa semejante, sino ántes lo contrario: sigo la sentencia de San Gerónimo, el cual confiesa que

XIII.

Cual será en el tercer sentido el dia grande y terrible del Señor. Cuales los enemigos á quienes Dios entonces juzgará.